

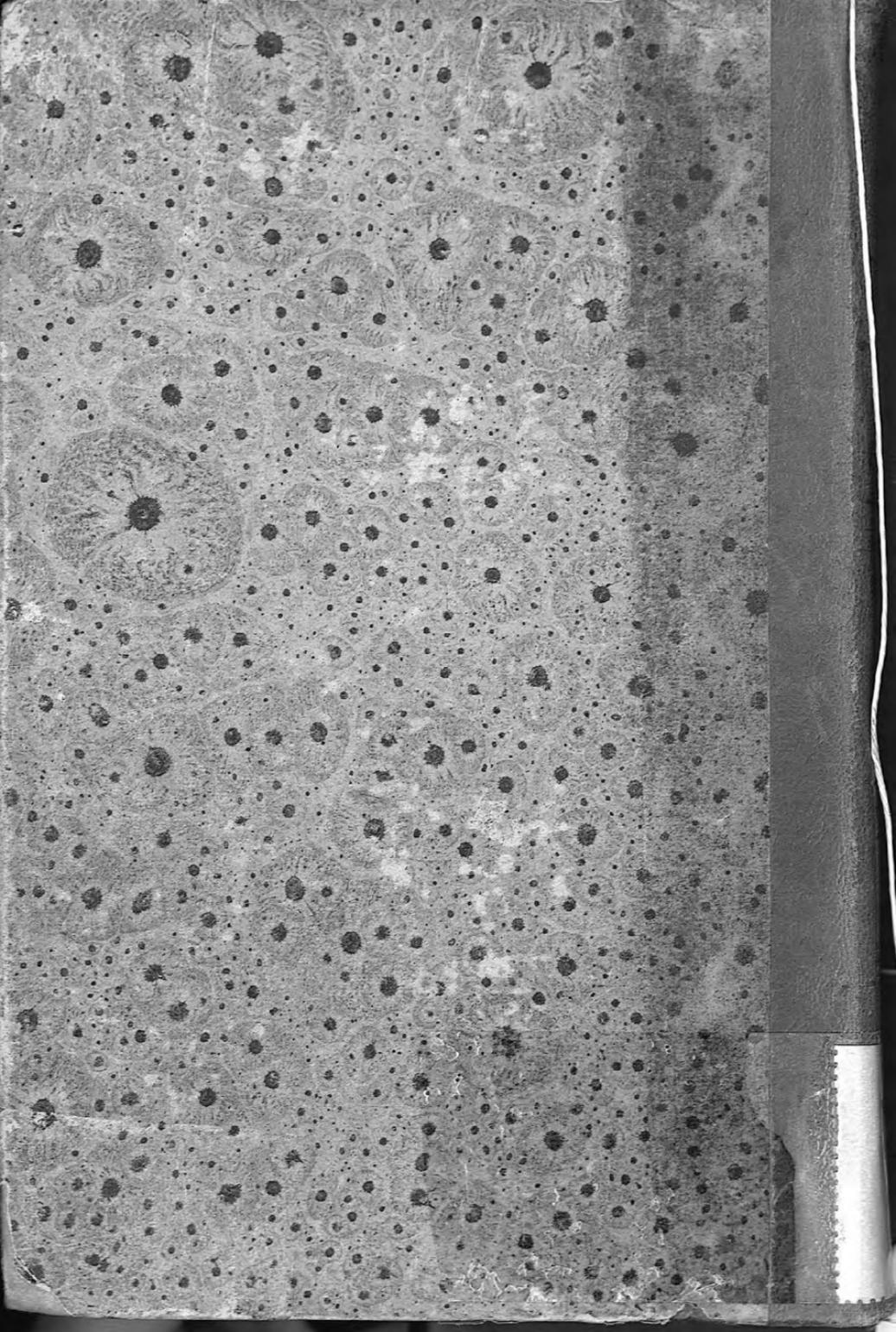


CURIOSO

PARLANI

2

831/2



Portada = anteportada - 242 pág. - XII pág
2 láminas R.C



Asi Maria Du' Imo



A-1097/2

R
31342

Panorama

MATRITENSE.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1911

PANORAMA
MATRITENSE.

Cuadros de costumbres

DE LA CAPITAL,

observados y descritos

POR

EL CURIOSO PARLANTE.

TOMO SEGUNDO.

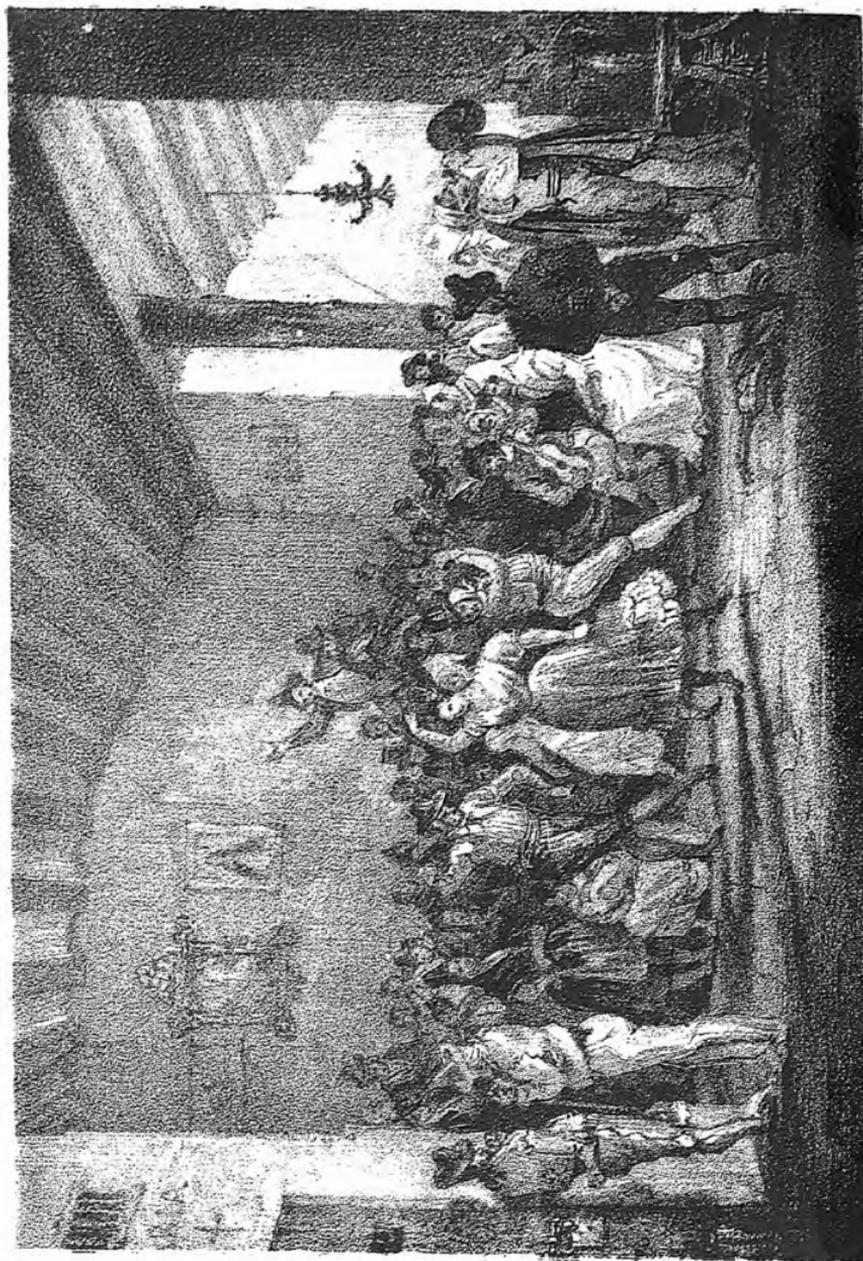
MADRID.

mprenta de epullés.

1835.







Willa-amul' ino.

At' de' P'omav'el' Machi.

6. P'omav'el' 4. 11.

Robemos el último fandango de copas y sombrero. (I. n. Cap. v. 12)

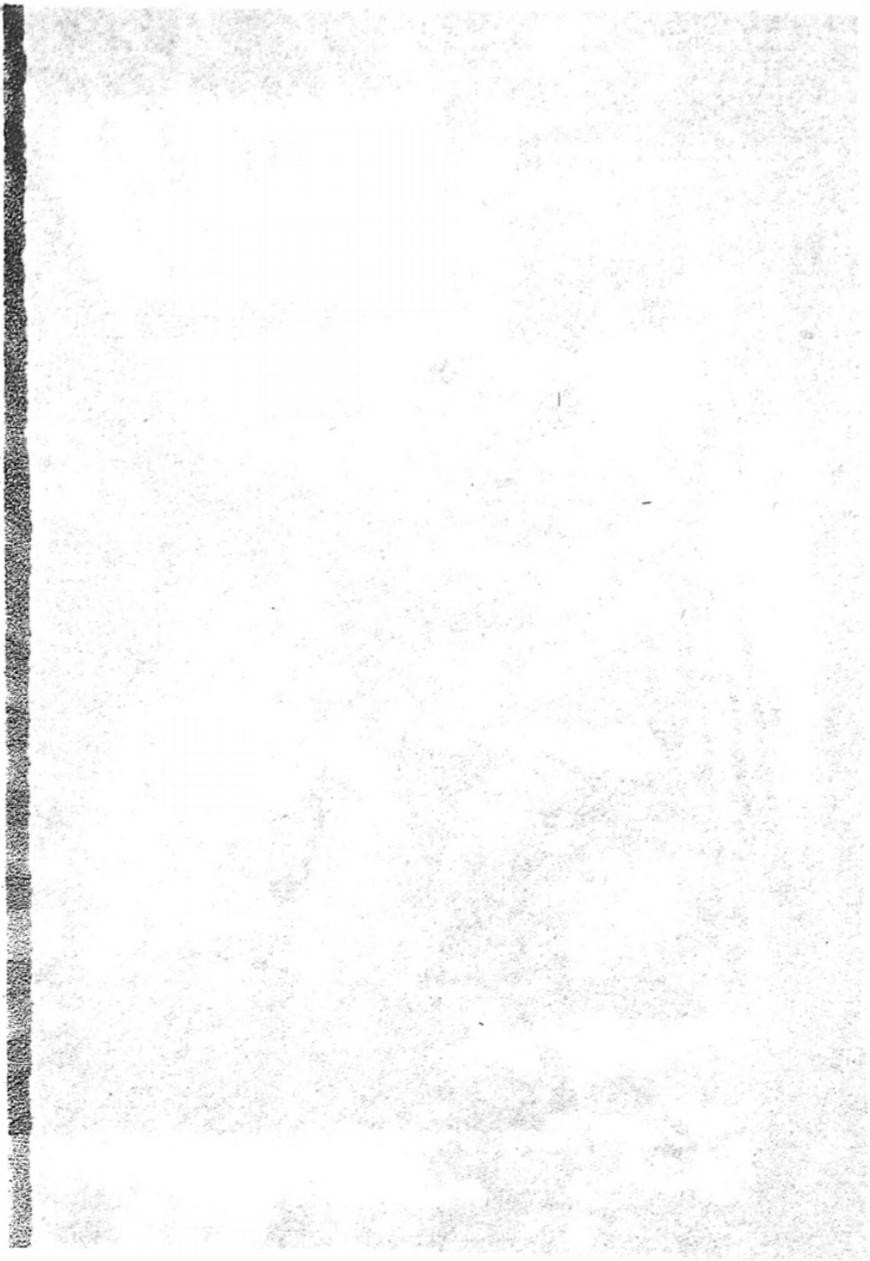
MEMORANDUM

TO : [Illegible]

FROM : [Illegible]

SUBJECT : [Illegible]

[Illegible text block containing the main body of the memorandum]



Manuscript page 2

PANORAMA

MATRITENSE.



Las tres tertulias.



« Con estas cosas que digo
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

Lope de Vega.

Yo no sé si fue el temor de la niebla que cubria nuestro horizonte, ó de la mas espesa aun que la etiqueta y el fastidio estienden en nuestras sociedades cortesanas, lo que me determinó noches pasadas á subir á visitar á mi vecino *don Plácido Cascabelillo*, de quien ya tienen conocimiento mis lectores. Y como para ello no tenia que aguardar á que diesen las once, ni que ocuparme durante dos horas en el pulimento y adorno de mi persona, no hubo mas, sino que á cosa de las siete, y segun y como me encontraba vestido, pillé la escalera y me presenté en casa del vecino. No fui, sin embargo,

el primero, pues que ya se hallaban sentados en agradable círculo en derredor del brasero casi todos los individuos que componian la tertulia, de los cuales fui recibido con grandes muestras de contento, haciéndome el amo de la casa los honores de recién venido escarbando la lumbre, en tanto que los demas estrechaban su formacion para darme asiento dentro de la rueda.

No se puede negar que un brasero defendido por diez ó doce personas, todas alegres, todas amables, y sin grandes pretensiones, es una de las cosas que inspiran mayor confianza, y dan rienda suelta al natural ingenio para desenvolverse sin aquellas trabas que la afectacion, el orgullo, y el falsamente llamado *buen tono*, suelen imponerle; todas las palabras (escepto algunas justamente proscriptas en cualquiera sociedad) son allí buenas para espresar los conceptos; los chistes familiares, los modismos del lenguaje, esmaltan á cada paso la conversacion, prestándola un carácter nacional y sin el desdichado sabor de estrangerismo de que adolece en el gran mundo; en una sociedad de esta clase, los melindres desaparecen, las ecsageradas obligaciones de la moda tienen un aspecto ridículo, los sentimientos naturales se manifiestan sencillamente, y el amor, la amistad y la alegría se ostentan con franqueza sin temor de la censura ni del sarcasmo.

Tal era el cuadro que presentaba la reducida tertulia de mi vecino; ni allí una dama se sentia

vaporosa, ni á un caballero se le permitia *secarse*; ni para designar aquella reunion se la llamaba *soirée* ni *círculo*, ni á la sala *salon*, ni nadie se avergonzaba de hablar español, ni de no conocer á París mas que en el mapa, ni de dejar su sombrero á la entrada, ni de tomar la mantilla á la salida; todo era franqueza y alegría, y como la coquetería y la envidia no habian podido aun penetrar en aquel modesto recinto, los amantes se consideraban felices, y el espectáculo de sus sencillos amores divertia á los demas.

Una hora habia ya que yo permanecia en aquella agradable escena, cuando acertó á entrar *doña Dorothea Ventosa*, viuda jóven de cincuenta años (cumplidos en 1825), señora de gran tono y de numerosos adoradores que suspiran por los bellos ojos de su bolsillo; señora cuyo crédito se estiende desde el salon del Prado hasta la misma puerta de la Vega; y señora, en fin, muy de mi conocimiento, y cuya historia sabrá el lector algun dia. Entró con aquel aparato con que una *prima donna* suele presentarse á cantar su aria despues del coro que la precede: toda la sociedad se dispuso en alas para recibirla; y la recien llegada, prévia la ceremonia de dejar su capa y su pelliza, y de arreglar su schal y su sombrero, se adelantó á recibir aquellos homenages, dispensando á la media rueda de señoras sendos besos en las megillas, y dedicando á los caballeros una afectada cortesía y sonrisa.

Instalada aquella nueva interlocutora, tomó de

derecho la palabra y nos habló de los sucesos del gran mundo (que eran para ella el salon del Prado, la ópera italiana y dos ó tres casas de juego), y cuando ya creyó que habia escitado la admiracion y la envidia general, propuso una partida hasta las diez, hora en que tenia que marchar á otras tertulias. Inmediatamente don Plácido hizo poner la mesa en el gabinete, y principiaron un tresillo á cuarto el tanto, no sin oposicion de doña Dorotea, que jugaba con guantes por no ensuciarse los dedos.

Mas el germen de discordia que la viuda habia arrojado en nuestra plácida reunion no se separó con ella, antes bien manifestándose en voz baja, empezaron unos á censurar su afectacion y vanidad, otros á reir de sus flores y diges, cuál á contar anécdotas picantes de las sociedades á que ella dijo concurrir, cuál, en fin, á manifestar desden por ellas. Por último, nuestra inocente conversacion se convirtió en amarga sátira, y esto empezó á desnivelarme, tanto mas, quanto que públicamente acababa de aceptar la propuesta de doña Dorotea de presentarme aquella noche en casa de la baronesa de... por lo cual no dejaron de darme broma.

Aquella nube desapareció sin embargo muy luego, y la calma volvió á restablecerse, con lo cual, y con unos cuantos juegos de prendas, cuyo único interés consistia en decirse secretos al oido, tornó á renacer la alegría y el contento en todos los corazones.

Mas para que se vea que no hay dicha en este

bajo mundo sin su poco de azar, por qué tanto una de las viejas hubo de tener la mala tentacion de invitar á cierto don Calisto (de menguada memoria) á que luciese un poco sus habilidades á la guitarra; y hé aqui á toda la sociedad pendiente de aquellas mal templadas cuerdas y peor dirigidos dedos, y aguzando los oidos para no perder un punto de aquella maravilla. El nuevo *Sor* ocupó media hora larga en retocar clavijas, probar bordones y saltar primas, de las cuales por dicha fue á parar una á los ojos de la vieja, su apasionada, entre la mal reprimida risa de todos los circunstantes; despues nos obsequió con tres escalas en *sol* y una en *fa*, cuatro arpeggios y tres ejercicios de mano izquierda; hasta que colocándose bien en la silla y marcando con el pie los compases, improvisó un *walls* del *Barbero de Sevilla*, otro conocido por *el de las Fraguas* en la Pata de Cabra, y un rondó obligado (música del célebre maestro *Paquete*) capaz de arrancar lágrimas de desesperacion; pero subió de todo punto nuestro entusiasmo cuando despues de otro retoque general de clavijas, y de dos ó tres hondas toses, entregó su voz al viento con unas *seguidillas* intermediadas de *matraca*, y luego, pasando al estilo patético en las dos canciones de "*Horror me da el dia*" y "*La sombra de la noche*," acabó de arrancar largos y pronunciados aplausos de manos y pies.

Sin embargo, yo, satisfecho de tan buen ratito, me escurrí sin ser notado á mi cuarto para vestir-

me convenientemente, á fin de acompañar á doña Dorotea; hícelo así, y como luego me manifestase esta que era muy temprano para ir á casa de la baronesa, y que antes debíamos tocar en cierta tertulia donde no faltaria campo á mis observaciones, nos despedimos de aquella amable reunion, y tomando el coche de doña Dorotea nos dirigimos á la otra sociedad.

Era esta en casa de un personaje de alta importancia, á quien mi viuda compañera intentaba recomendar cierto pretendiente jóven, del que hablaremos en tiempo y lugar. La multitud de caballeros, escesiva respecto al número de señoras, me hubieron desde luego dado á conocer una tertulia de cálculo, así como la deferencia y respeto gradual de los concurrentes me impuso al momento de quiénes eran el amo de la casa, su señora, hijos, parientes y confidentes. El primero, sentado cerca de la chimenea, se hallaba rodeado de tres ó cuatro graves personajes, los cuales aguardaban á que él hablase para sentirse ecsactísimamente del mismo parecer, y aun comentar sus discursos citando á cada paso algunas de las palabras del señor; si tal vez éste se levantaba á recorrer la sala, todos se alineaban para abrirle paso, haciéndole una cortesía los mas viejos, los jóvenes componiéndose el cabello, las niñas regalándole una sonrisa, é interrumpiendo por un momento su conversacion *de ordenanza* con los oficiales de la guardia, y estos ostentando un continente marcial. El buen anciano

se detenía un momento en cada grupo, tomaba parte en las conversaciones, animaba á todos con su benevolencia, y todos se lisonjaban de haber fijado esclusivamente su atencion. Algo mas allá la señora de la casa presidia una mesa de *ecarté* con gran aplauso del triple círculo de mirones que encomiaban á cada paso su destreza y generosidad. Las señoritas, en otro lado, recibian los homenajes de los brillantes jóvenes, que se esmeraban en ostentar su gallardía como un título de recomendacion para inclinar á papá en favor de sus pretensiones; las amigas y amigos de la casa hablaban aparte con los presentados, los introducian en el círculo del señor ó de la señora, referian en público sus gracias, y los colocaban en posicion de lucirlas. Con tan delicada intencion precedió doña Dorotea con su recomendado, buscando el modo de hacerle cantar una magnífica aria del *Mahometo*; luego haciéndole tocar un concierto de *Mayerbeer*; y despues promoviéndole sus conversaciones favoritas, para que luciese la espedicion de su lengua y el brillo de sus grandes ojos árabes, con lo cual toda la tertulia quedó prendada del mancebo; el señor se informó de sus cualidades; la señora alabó sobremanera su hermosa voz; las jóvenes felicitaron á doña Dorotea, no sin algunos asomos de malicia, y ésta aseguró al galan que mas habia ganado aquella noche que en tres años de antosalas y audiencias.

Serian las doce dadas cuando, concluida la mi-

sion de doña Dorotea, determinó que pasáramos á la otra tertulia, y con efecto, no tardamos en verificarlo. Mi presentacion se verificó en debida forma; mi introductora y yo atravesamos el salon, y dirigiéndonos á la señora de la casa, pronunciamos las simultáneas palabras de estilo interpoladas con las cortesías propias del ceremonial, con cuyo brevísimo introito quedé instalado solemnemente, y pude dirigirme adonde me pareció.

La eleccion no era dudosa: guiado por aquella inclinacion natural hácia las hijas de Adan, propia y comun á todos los hijos de Eva, empecé mi reconocimiento por aquellas, dando una vuelta disimulada en derredor de la sala, y pude, con ausilio de mi doble antejo, ponerme al corriente de las diversas fisonomías y sus fechas respectivas; luego me introduje (siempre con la misma precaucion) en los grupos de los jóvenes que formaban en el centro del salon, y de las conversaciones de los unos, y de las sonrisas y cuchicheos de las otras, formé mi cuadro general, al cual iba prestando episodios segun la casualidad me los iba ofreciendo. Pero á corto rato de recogerlos eché de ver que todos eran idénticos, y que no habia por qué tomarse aquel trabajo. Por ejemplo: uno de los jóvenes del grupo general flechaba su antejo hácia donde le parecia bien, y apartándose luego de sus compañeros, se adelantaba con cierto aire de satisfaccion, ya jugando con los sellos del reloj, ya con entrambos pulgares pendientes de las bocaman-

gas del chaleco; poníase delante de cualquiera señorita, y mirándose de paso á un espejo que solia caer perpendicular sobre el peinado de ésta, la dirigia con aire distraido é indiferente cuatro palabras (no las mas puras por cierto ni las mejor escogidas), y mientras aguardaba su respuesta, continuaba su operacion de arreglarse el cabello ó la corbata, ó bien se hacía aire con el abanico de la niña. Persuadíame yo de que ésta, ofendida de aquella grosera presuncion, responderia con altivez á las altiveces del galan; pues nada menos que eso; la mayor amabilidad, el mayor gracejo, la mas encantadora sonrisa; y si aquel, animado por ella, prorumpia en un concepto atrevido, solo se le interrumpia con un *¡qué malo es usted!* mas pronunciado con cierta indulgencia que no movia á lástima del hablador.

Pero ya éste, embriagado con el triunfo de aquella escena, se incorporaba al círculo de sus camaradas para recibir sus aplausos, ó bien se dirigia al otro extremo de la sala, y colocándose al lado de otra jóven la dirigia *¡qué falacia!* las mismas espresiones que á la anterior; mas como en este mundo todo se halla compensado, mi indignacion cesaba al escuchar que aquella estaba dando las mismas respuestas á otro interlocutor que ocupó el lugar del primero. Esta regla de conveniencia general presidia en toda la tertulia, y solamente se esceptuaba de ella alguno que otro jóven, ó mas tímido ó menos petulante, que dejaba ver en su semblante las emociones del verdadero

amor; pero estos eran por lo regular el objeto de los secretitos burlones ó de las risas improvisadas de las niñas, asi bien como algunas de estas menos determinadas yacían en los rincones, sin que ninguno las dirigiese la palabra.

Todo lo observaba yo en silencio; mas como las observaciones no son agradables hasta el punto en que se comunican, no pude resistir al deseo de hacerlo, y dirigiéndome á un caballero que tenia al lado le hice partícipe de ellas, y hablé tanto, que apenas le dejé manifestar su opinion. Despues, suponiéndole antiguo en la tertulia, le fui preguntando los nombres de algunos y algunas de los que mas me habian llamado la atencion; pero de todos respondia no conocerlos, con lo cual quedé penetrado de que era alli tan novicio como yo; pero estando en esto un lacayo que vino á comunicarle una orden de la señora me dió á conocer que era nada menos que el amo de la casa.

Castigado, pues, con este suceso, me replegué al lado de doña Dorotea, la cual con su natural locuacidad me disipó ciertas dudas que me habian asaltado durante la noche: ella me hizo ver que aquello que yo llamaba atrevimiento y grosería no era otra cosa que aire de mundo y de gran tono; que el amor, que yo creía aun vendado, hacía ya tiempo que veía muy bien, y sabia por dónde iba; ella disipó mis temores respecto á las incautas jóvenes; ella me convenció de que la ficcion sistematizada era una de las perfectibilidades sociales; que

el ardor de las pasiones, y la animada espresion de la alegría, eran propios de las almas comunes, y de ningun modo convenientes en las reuniones de buen tono; que para lucir en ellas solo eran necesarios una buena dosis de presuncion y el correspondiente desenfado; que hoy dia para no parecer ridículo es preciso serlo; que la moda habia autorizado algunas que yo llamaba descortesías, tales como dejar solas en la sala á las señoras, negarse á bailar, permanecer sentados afectando indiferencia; equivocar las contradanzas; llevar siempre una misma pareja; y otras muchas cosas, á las cuales llamaba doña Dorotea *darse tono*.

Pues si es ello asi (repliqué yo), ¿cuál es el aliciente que puede atraer á una diversion donde nadie se divierte; á un baile donde no se baila; á una sociedad donde apenas se habla, donde todo es aparente, y donde ni los genios, ni las figuras, ni la clase, ni las palabras, representan su valor positivo? ¿Qué encanto, pues, es el que reúne á esta sociedad? “Ahora lo verá usted” me dijo doña Dorotea tomándome de la mano, y llevándome á una salita inmediata. La dificultad que experimentamos para penetrar en ella me hizo conocer que alli estaba la seccion central de la tertulia, y que lo que habia visto hasta alli no eran sino las subalternas. Y en efecto, despues de un largo y sostenido ataque llegué á penetrar hasta una mesa circundada por numerosos grupos de cabezas, verdadera caricatura de Boilly, en cuyas espresivas facciones re-

conocí toda la coleccion de mamás y de maridos, ciegameamente ocupados en correr tras una sota ó un caballo, en tanto que hijas y esposas se esforzaban en la sala á salir al paso de los caballeros en un *baile ruso* capaz de hacer sudar á las orillas del Newa, ó en una *galopada* mas propia de un camino real que de un salon.

Todos estos antecedentes, unidos al consiguien-
te de ser ya las dos de la mañana, sin que nues-
tras desmayadas fuerzas tuviesen otra perspectiva
de socorro que seis vasos de agua pura y serenada
que campeaban en la antesala, empezaron á alte-
rar mi humor, y me obligaron á invitar á doña
Dorotea á que diésemos la vuelta; hicimoslo asi,
y por colmo de mi pesadumbre tuve la desgracia
de medio reñir con ella porque la dije que de las
tres tertulias *de confianza*, *de respeto* y *de gran
tono* que habiamos visitado, ninguna me habia
ofrecido reunidas aquella franqueza delicada, aque-
lla finura verdadera, aquel encanto irresistible que
solo se encuentra en la reunion de personas ama-
bles é instruidas, ecsentas á un mismo tiempo de
una ecsagerada pretension, de un bajo interes, y
de una nulidad insustancial.



El extranjero en su patria.

« La cántara conserva largos días el gusto y el olor del primer licor de que se llena, y la primera edad decide cuasi siempre de nuestro carácter y afecciones. »

Melendez Valdés.— Disc. forenses.

Preparábame á sentarme á la mesa á la hora acostumbrada, cuando de repente un fuerte campanillazo hirió mis oídos: ábrese la puerta, y un caballero muy elegante se dirige á mi habitacion á largos pasos, y en llegando á ella, y delante de mí, *¿ es á Mr. de... (me dijo) á quien yo tengo el honor de dirigir mi palabra?—Fulano de Tal, para servir á usted (le contesté yo levantándome con atencion).—C'est egal; vos sin duda no me reconocereis; ello es posible; eh bien, yo seré obligado á deciros quién yo soy.—Á la verdad que no caigo...—; Ah mon cher! ello no es difícil; los años y los viajes han cambiado mucho de mi forma primera, á la manera que yo no reconozco en mi patria de hoy, á mi patria de otro tiempo.—; Cómo! ¿ Usted es español?—Oui, desgraciadamente; bien entendido, español por nacimiento, mas no por inclinacion ni por carácter.—Cierto que ese aire,*

esos modales, ese acento y lenguaje me habian persuadido...—*Son, señor, las nobles maneras del gran mundo que yo vengo de dejar; ¡helas! mas ello es bien cierto, pourtant, que yo soy nacido á Madrid (lo cual sea dicho entre nosotros), y que yo he tenido el honor de ser muy vuestro antes de mi partida en Francia.*—Pues señor mio, dicho se está que si usted no tiene la bondad de declararse, nunca vendré en conocimiento.—*¡Oh mon Dieu! ¿est il posible? ¿ó haceis semblante de ello? ¡Parbleu! el gran amigo y camarada de mi papá, el hombre de su confianza, ¿habrá olvidado á aquel hijo de quien los primeros pasos dirigió? ¿al jóven hombre que le fue redevable de tantas buenas amistades?*—Me hace usted dudar...—*¡Ah! no lo dudeis, señor; es Monsieur de Revezeit, que es mi padre.*—¿Cómo? ¿el hijo de don Melquiades Revesino?—*A la bonne heure, yo soy ese hijo, moi.*—*¡Ah querido amigo!—¡Oh mon cher!*

El público lector no tiene obligacion de acordarse ya de la familia de don Melquiades Revesino, de quien le hice tomar conocimiento con motivo de los amores y boda de la niña Jacinta y de su viaje á Carabanchel (1); y como alli no lo dije, habré de decir ahora que el dicho don Melchor, ademas de aquella niña cuyo amoroso drama supimos entonces, es tambien padre del jóven Camilo Revesino, á quien hacía nombrarse *Mr. Reve-*

(1) Véase en el tomo primero el artículo de *Tomar aires en un lugar.*

seint, la misma manía que al italiano *Signor Giovanni Trotini*, que viajando por Francia se hacía llamar *Mr. Trotein*, en Inglaterra *Mister Trotan*, en Rusia *Trotonoff*, en Polonia *Trotinski*, en España *don Juan de Trotinos*, y en Portugal *ou Sen-nor Troutiñu*.

Pero viniendo á mi Camilo, este jóven, despues de aprender la gramática en los esculapios, hubo de seguir el precepto de su padre, el cual, seducido con las contiñuas relaciones de los viajeros, llegó á persuadirse de lo conveniente que sería que su hijo, el heredero de su nombre, y á quien pronosticaba brillantes destinos, continuase su educacion en la capital de Francia, donde podría adquirir al paso que unos conocimientos superiores, los modales y porte de gran tono; y pudiendo en él mas esta persuasion que el sentimiento de separarse de su hijo, envióle á París bien recomendado. El jóven Camilo, que contaba á la sazón doce años, fue instalado desde luego en un colegio, donde aprendió ante todas cosas á olvidar la lengua patria, trocándola por la del país, y consiguiéndolo de tal modo, que á la vuelta de dos años pasaba por un verdadero francés, y aun él mismo llegó á persuadirse de que lo era.

Sus conocimientos, es verdad, crecían en proporcion de sus estudios, y los diversos premios adquiridos en los ecsámenes de historia, matemáticas, física, química, dibujo y demas, mientras permaneció en el colegio, eran para su padre otros tã-

tos argumentos en apoyo de su resolucion. En vano algunos amigos intentaron hacerle ver lo perjudicial que podria ser á su hijo tan prolongada separacion de su pais, y que pasando en el extranjero la edad mas decisiva de su vida, era muy posible que adoptase costumbres é inclinaciones que le harian parecer luego una planta ecsótica en su mismo suelo; ademas de que no faltaban en este los medios de recibir una esmerada educacion, pudiendo despues viajar cuando se hallara en estado de poder adoptar solo lo conveniente para mejorarla. Todo fue en vano, y el bueno de don Melquiades, seducido con la idea de tener un hijo que, segun él decia, habia de llegar á ser la envidia de todo Madrid, persistió en su obstinacion, negándose á llamarle hasta que cumpliese los veinte y cuatro años.

Llegó por fin aquella época tan suspirada de toda la familia, que tuvo la satisfaccion de recibir en su seno un mozo brillante por sus conocimientos, sus modales y su figura; por todas partes resonaban los elogios del recién venido; sus acciones y palabras eran repetidas por los otros jóvenes en tiendas y tertulias, sus trages formaban el objeto de los continuos desvelos de los Utrillas y Picones; la narracion animada de sus aventuras servia á reunir en torno de él un círculo de admiradores y aun de envidiosos, y las mas altivas notabilidades femeninas se daban por contentas con fijar por un momento las miradas del español parisien.

No hay que decir el contento que todo esto inspiraría á los suyos ; pero como todas las ilusiones duran poco, no tardaron en echar de ver que en medio de aquella felicidad aparente , nada de lo que le rodeaba era conforme á su carácter y costumbres ; por ejemplo , la distribucion de sus horas era diametralmente opuesta á la de la familia, pues él se desayunaba á medio día , comia de noche , y no dormia hasta las dos de la mañana ; su conversacion era siempre en francés , llamaba á sus padres de tú , y de vos á los criados ; bailaba al espejo aunque fuese delante de personas de gran propopeya ; besaba á su hermana , y reñia con las visitas porque no le dejaban hacer otro tanto ; tocaba el violin , ó tiraba el florete los ratos que no cantaba en alta voz ; y en fin , tenia toda la vivacidad propia de un francés y de un jóven de veinte y cuatro. Por otro lado , se hablaba de comida , ¡ oh , las fondas de *Very* ó *Rocher de Cancale* ! Iba al teatro , ¡ ah , qué teatros los de París ! Se le convidaba á los toros , ¡ bárbaro espectáculo ! Salia á la calle , ¡ peste de pais ! Volvia á su casa , ¡ oh *mon hôtel garni* !

Con estas y otras cosas , con desaprobacion abier-
tamente todo lo que se apartaba de los usos fran-
ceses , al mismo tiempo que ridiculizaba las imi-
taciones de ellos , llegó á hacerse de tal modo in-
soportable hasta en su misma casa , que todos los
dias daba lugar á cuestiones ; y aun en la visita que
al presente me hacía me dió á entender una que

acababa de tener con su padre, con motivo de proponerle un matrimonio que repugnaba á su corazón. No pude dejar de estrañarle, conociendo bien el carácter de don Melquiades, y aunque por la misma conversacion del jóven creí penetrar la causa de su aversion, suspendí el juicio hasta averiguarla por mí mismo.

Entre tanto hícele presente con franqueza que siendo ya cerca de las cuatro de la tarde, habia retrasado una hora mi comida, y convidéle á participar de ella; no aceptó, por ser demasiado temprano para él, pero se entretuvo en probarme mientras comia que á aquella hora no habia apetito (sin embargo que yo demostraba en la práctica todo lo contrario); y luego que vió salir la fuente con todo el interior de la olla castellana, lanzó una filípica fulminante para demostrarme que aquel alimento era indigesto y mal sano; á lo que por única respuesta le contesté que sin duda debia surtir tales efectos muy á la larga, por cuanto no me acordaba de haber padecido una indigestion. Por último, subió de todo punto su encono cuando acabada la comida llegó á entender que era mi costumbre el dormir media horita de siesta: á esto ya no pudo sufrir mas, y saludándome con el nombre de español incorregible, se separó de mí, menos contento que á su llegada.

A la mañana siguiente pasé á pagarle la visita; no le hallé en casa, y encontrándome solo con el padre, le felicité por la llegada de su hijo, y por

las bellas cualidades que ostentaba; pero muy luego pude conocer que su satisfaccion se hallaba mezclada con algun disgusto, como en efecto no tardó en declararme. — ¿Tiene usted presente, me dijo en voz lastimera, cierta disputa que tuve con usted en este mismo gabinete acerca de las ventajas de la educacion en Francia?—Sí señor; y por cierto que me acuerdo de la viva defensa que usted sostuvo. — ¿Pues qué diría usted si la esperiencia me inclinara hoy á sostener lo contrario? — Es imposible: las relevantes cualidades que adornan á su hijo de usted, el aplauso que le rodea, y la satisfaccion interior que de ello debe resultar á un buen padre, son causa bastante para afirmar á usted en su primitiva opinion. — ¿Y qué me sirven esas cualidades y ese aplauso, y que le sirven á él tampoco, si van emponzoñados con un tédio invencible, una aversion inesplicable á todo lo que le rodea, bastante á hacerle resistir á mis proyectos para su felicidad? — Quizás esos proyectos no esten bien meditados, y acaso en ellos no haya usted consultado el corazon de su hijo. — ¿Y qué mas puedo hacer para ello? Yo le he querido hacer obtener un buen destino en la administracion; se me ha opuesto á ello bajo el pretesto de no conocer bien las leyes de nuestro país, y por temor de no des-empañarle cumplidamente. — Ha dicho muy bien, y pocos á quienes se ofreciera un empleo contestarían del mismo modo. Conócese bien que no está al corriente de nuestras costumbres. — Le he indicado

despues la carrera militar; me ha respondido que como las vicisitudes del mundo pudieran acaso algun dia obligarle á dirigir sus armas contra el pais en que ha recibido su educacion, no le permite su honor obligarse bajo el juramento militar. — En eso manifiesta su virtud y su agradecimiento. — Le he hablado despues del comercio, que no tiene ninguno de esos inconvenientes; me ha manifestado otros que dice que suele tener entre nosotros esta profesion. — Puede que no esté equivocado. — Las carreras de la iglesia ó del foro no he podido siquiera indicárselas, porque en efecto no ha hecho los estudios que á ellas conducen; mas por último, le he propuesto que viviendo tranquilamente de las rentas de nuestro mayorazgo, imitase á tantos de su clase como pasan la vida sin hacer nada; y ha rechazado con violencia mi proposicion, diciéndome que él ha nacido y ha estudiado para hacer algo. — Y tiene mucha razon. — Ahora bien, pasando despues al punto de su matrimonio, le he presentado á varias personas dignas de llamar su atencion; pues ninguna de ellas ha llenado sus ideas: la una carece á su vista de modales elegantes y *de buena compañía*, como él dice: la otra ignora hasta los primeros rudimentos de la geografía y la historia: otra piensa muy en español: otra... En suma, ¿qué partido tomar con una persona para quien nada hay á propósito, y cuyos conocimientos y circunstancias no pueden aplicarse en la sociedad en que ha de vivir? — Ello es en

fin, le interrumpí yo, que su hijo de usted ha renunciado á su patria, y que la educacion estrangera, dando otro giro á sus inclinaciones y sus deseos, le ha sacado fuera del círculo en que nació, para colocarle en otro muy distinto del que usted imaginaba; facil era preveer semejante resultado, pues es bien sabido que la educacion es una segunda naturaleza, acaso mas fuerte que la primera; ¿y quién sabe tambien si otras causas se habrán mezclado al mismo tiempo en destruir los planes de usted? Su hijo de usted es jóven y ardiente; ¿quién nos responde de que haya podido resistir al amor...?— “Usted ha encontrado lo justo (esclamó en este momento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); el amor... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años ha que una señorita de París es el objeto de mi amor.”

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que volviendo en sí don Melquiades intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra:—No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que usted fue la causa principal; sufra usted, amigo mio, que se lo diga: usted, separando á su hijo de su pais en los años mas preciosos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un estrangero en la patria que le dió el ser;

educado en ella hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos le debemos: no anhelaría otros placeres que los nuestros, y ellos habrían bastado á su felicidad y la de usted. Llore usted ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama la suerte. — Camilo al oír esto se arrojó á los pies de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Camilo volvió en efecto á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre en tanto llora el error de haber él mismo arrojado de su pais su nombre y su descendencia. ¡Cuántos así!



La capa vieja.

..... Del Rastro á Maravillas,
del alto de San Blas á las Bellocas,
no hay barrio, calle, casa ni zahurda
á su padron negado.

Jovellanos. - Sát.

“¡Bravo título, digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.” Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oídos, proferidas por ciertos críticos de salón, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime: ¡pobres gentes! ¡como si ellos lo fueran! Pero señores, les respondo yo, ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no ecsisten usos é inclinaciones diferentes? ¿Pues cuánto mayor no será esta diferencia tratándose de toda una capital? No hay remedio, señores míos, si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de

esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que sino lo han por enojo me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniendo agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chirivivil, á quien llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso tendidos sobre un trozo de estera en medio del ándito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que mas de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando por otro lado que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fuesen espada del Cid ó escudo de Carlo Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo, cuando volviendo la cabeza hallé detras de mí al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los cómicos en cuaresma*. Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escru-

tador, cuando al pasar por una vieja prendería paróse don Pascual como herido súbitamente, dándose lugar á un mediano susto; mas sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendia á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanas, y alzando cuanto pudo su voz, "ella es, exclamó con ademan doliente, la compañera de mi juventud, la encubridora de mis estravíos, ella es;" y la abrazaba enternecido, y la regaba con sus lágrimas.—Pero don Pascual, ¿qué locura es esta? — "Déjeme usted, amigo mio, déjeme usted que pague este tributo á un mudo acusador mio, déjeme usted recobrarle despues de largos años de separacion;" y diciendo y haciendo pagó á la muger que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicara el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra don Pascual, y me habló de esta manera.

"Creo á usted sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fui lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los mas comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Mientras permanecí en el círculo de la alta sociedad tuve intrigas amorosas mas ó menos complicadas, casos de honor mas ó menos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como

está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo mas á aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transición desde el orgullo aristocrático á los modales mas groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados, olvidéme de teatros y salones, renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un manolo verdadero.

» Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sortija y sombrero calañés, y embozado sobre todo en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con mas determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor, y mi determinacion para todo, me hicieron desde luego célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabia que no habia funcion en que no se contara con *don Pascualito*, y hombres y mugeres me festejaban á cual mas, con lo cual tenia yo cierta superioridad parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos. Contribuía en gran manera á ello mi capa azul, que aunque vieja, era aun superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencía, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, boardillas y pasillos, paloma-

res y azoteas, y sin ella nada de esto hubiera podido hacer; tal era la confianza que este disfraz me inspiraba.

» Una tarde, de San Anton por cierto, salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal día. Ignoro si usted, como curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasión presentan las dos calles de Hortaleza y Fuenarral, accesorias á la iglesia del Santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que impulsados de su devoción se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la esposición pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inespertos ginetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal, y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panceillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mugeres y muchachos; y el sofoco de la concurrencia, que son plácido espectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

» Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por

norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Márcos vi venir haciendo alarde de su desenvoltura á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábala otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo menos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

» Confieso á usted que la risa y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento bajéme un poco mas el sombrero, y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandía, encontré, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de varias aventuras anteriores: esto fue hallarme como quien dice en tierra de amigos, y muy luego lo fueron todos los individuos de ambos secsos que componian aquella guerrilla, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió, donde convino. La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando á los pascantes, ya espantando los caballos, ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdia una